



No más, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazón don Quijote.



CAPITULO XXX

Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de gusto y pasatiempo.

RO hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: —Pues mía fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo y no porque yo no lo dije antes y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.

—Majadero, dijo á esta sazón Don Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los aflijidos, encadenados y oprimos que encuentran por los caminos, van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; sólo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías.

Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, é hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga; y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe muy poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y está le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene; y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrión, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzón delantero hasta adobaría del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.

Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabía el menguado humor de Don Quijote, y que todos hacían burla dél, si no Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viéndole tan enojado le dijo:

—Señor caballero, miembresele á vuestra merced el dón que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremetarse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habían sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua, antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara.

—Eso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote.

—Yo callaré, señora mía, dijo Don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado, é iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el dón prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digáis, si no se os hace mal, ¿cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo que dar debida, satisfecha y entera venganza?

—Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oír lástimas y desgracias.

—No enfadará, señora mía, respondió Don Quijote. A lo que respondió Dorotea:

—Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos.

No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingía su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo, y ella, después de haberse puesto bien en la silla, y preveni-

dose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera:

—Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que á mí me llaman... y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le había puesto; pero el acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo:

—No es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicón, legítima heredera del gran reino Micomicón; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.

Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia. La cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, había de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él también había de pasar desta vida, y yo había de quedar huérfana de padre y madre.

Pero decía él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una grande insula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira), digo que supo que este gigante, en sabiendo mi orfandad, había de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo había de quitar todo sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podía excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él: mas á lo que él entendía; jamás pensaba que me vendría á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno por grande y desafortado que fuese.

Dijo también mi padre, que después que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si quería excusar la muerte y total destrucción de mis buenos y leales vasallos, porque no había de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los míos me pusiese en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extendería por todo este reino, el cual se había de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote ó Don Jigote.

—Don Quijote diría, señora, dijo á esta sazón Sancho Panza, ó por otro nombre el caballero de la Triste Figura.

—Así es la verdad, dijo Dorotea; dijo más, que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo ó por allí junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas.

En oyendo esto Don Quijote, dijo á su escudero.

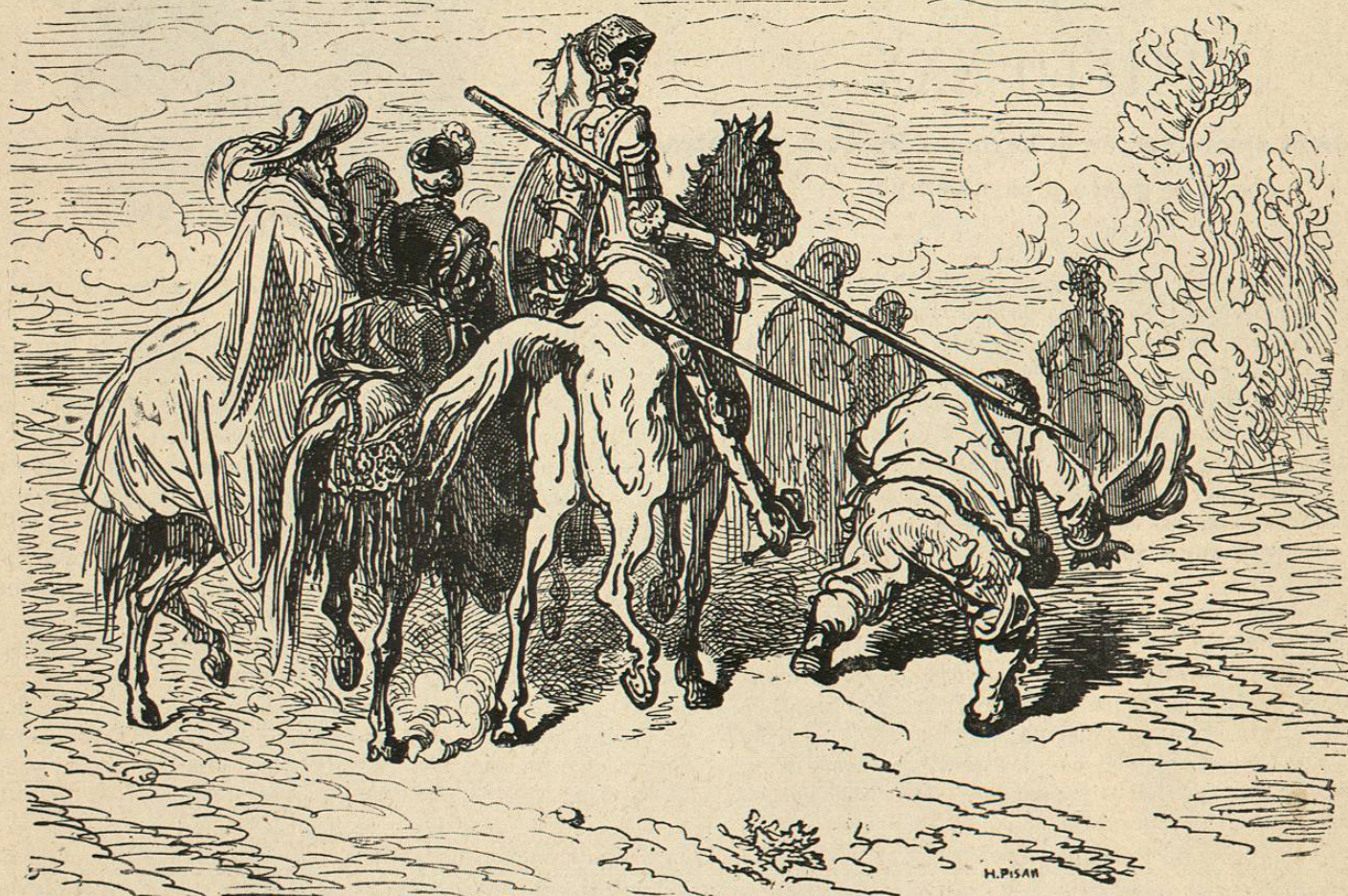
—Ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado.

—¿Pues para qué quere vuestra merced desnudar? dijo Dorotea.

—Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió Don Quijote.

—No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espiazo, que es señal de ser hombre fuerte.

—Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espiazo, importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne, y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señas del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no sólo en España, pero en toda la Mancha; pues apenas me hubo desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venía á buscar.



—¿Pues cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mía, preguntó Don Quijote, si no es puerto de mar?

Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano y dijo:

—Debe de querer decir la señora princesa, que después que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna.

—Eso quise decir, dijo Dorotea.

—Y esto lleva camino, dijo el cura; y prosiga vuestra majestad adelante.

—No hay para que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el dón de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandaflando de la Fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razón me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre. El cual también dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, después de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesión de mi reino junto con la de mi persona.

—¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto Don Quijote, ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar.

—Eso juro yo, dijo Sancho; para el puto que no se casare en abriendo el gazonico al señor Pandaflando: pues monta que es mala la reina, así se me vuelvan las pulgas de la cama.

Y diciendo esto dió dos zapataetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibía por su reina y señora.

¿Quién no había de reír de los circunstantes viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase cobrar y gozar. Agradeciéndose Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos.

—Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia: sólo resta por decirnos, que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sino sólo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto; y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habéis notado; y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

—Esa no me quitarán á mí, oh alta y valerosa señora, dijo Don

Quijote, cuantos yo pasare, en serviros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confirmo el dón que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena espada, merced á Ginés de Pasamonte, que me llevó la mía. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo:

—Y después de habérsela tajado y puéstos en pacífica posesión de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella... y no digo más, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave fénix.

Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dijo:

—Voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quijote, cabal juicio; pues cómo ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad; y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante. Así noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cácese, cácese luego, encomiéndole yo á Satanás, y tome ese reino que se le viene á las manos de bobis bobis, y en siendo rey hágame marqués ó adelantado, y luego si quiera se lo lleve el diablo todo.

Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzón, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida.

—¿Pensáis, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonar yo? Pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea; ¿y no sabéis vos, faquin, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, ¿y quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y sér. ¡Oh hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo!

No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo cuanto su amo le decía, y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detrás del palafreñ de Dorotea y desde allí dijo á su amo:

—Dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo; cácese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea; que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirlo, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea.

—¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? dijo Don Quijote; pues ¿no acabas de traerme ahora un recado de su parte?

—Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así á bulto me parece bien.

—Ahora te disculpo, dijo Don Quijote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.

—Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua.

—Con todo eso, dijo Don Quijote, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... y no te digo más.

—Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quién hace más mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo.

—No haya más, dijo Dorotea; corred Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedidle perdón, y de aquí adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digáis mal de aque-sa señora Toboso, á quien yo no conozco sino es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde viváis como un príncipe.

Fué Sancho cabizbajo y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y después que se la hubo besado, le echó la bendición, y dijo á Sancho que se adelantasen un poco, que tenía que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hizolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole Don Quijote:

—Después que viniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste, y de la respuesta que trajiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

—Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mío, que no sea de aquí adelante tan vengativo.

—¿Por qué lo dices, Sancho? dijo Don Quijote.

—Dígame, respondió, porque estos palos de agora más fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, sólo por ser cosa de vuestra merced.

—No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo Don Quijote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva.

Mientras esto pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre, caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que doquiera que veía asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venía: el cual por no ser conocido y por vender el

asno, se había puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabía muy bien hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo:

—¡Ah ladrón Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye, puto, auséntate, ladrón, y desampara lo que no es tuyo!

No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Ginés, y tomando un trote que parecía carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole le dijo: ¿Cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna.

Llegaron todos, y diéronle el parabién del hallazgo del rucio, especialmente Don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció.

En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el cura á Dorotea, que había andado muy discreta así en el cuento como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se había entretenido en leellos; pero que no sabía ella dónde eran las provincias ni puertos de mar, y que así había dicho á tiento que se había desembarcado en Osuna.

—Yo lo entendí así, dijo el cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. ¿Pero no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, sólo porque llevan el estilo y modo de las necesidades de sus libros?

—Sí es, dijo Cardenio; y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella.

—Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocante á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonisimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.

En tanto que ellos iban en esta conversación, prosiguió Don Quijote con la suya, y dijo á Sancho:

—Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿qué hacía? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ni mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele.

—Señor, respondió Sancho, si va á decir verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna.

—Así es como tú dices, dijo Don Quijote, porque el librito de memoria, donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos días de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habías tú de hacer, cuando te vieses sin carta; y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde le echaras menos.

Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristán, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dije que en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de descomunión, no había visto ni leído tan linda carta como aquella.

—¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo Don Quijote.

—No, señor, respondió Sancho, porque después que la dí, como vi que no había de ser de más provecho, dí en olvidalla: y si algo se me acuerda es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberana senora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte el caballero de la Triste Figura*; y en medio destas dos cosas le puse más de trescientas almas y vidas y ojos míos.

